

Joseph Elliott

La Niña Cuervo



Traducción de
Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Todas las actividades, escenas peligrosas, descripciones, información y cualquier otro material se incluyen exclusivamente con fines de entretenimiento y no reflejan ejemplos literales, ni exactos, ni deben ser imitados ni replicados por persona alguna, pues podrían derivar en lesiones.

LA NIÑA CUERVO

Título original: *The Broken Raven*

© 2021, Joseph Elliott

Traducción: Mercedes Guhl

Ilustración de portada: Barbara Ciardo

Ilustraciones de interior: © 2020, Levente Szabo, © 2021, Violet Tobacco reproducidas con permiso de Walker Books Ltd, London SE11 5HJ

D. R. © Editorial Océano, S.L.
Milanesat 21 - 23, Edificio Océano
08017 Barcelona, España
www.oceano.com
www.grantravesia.es

D.R. © 2021, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición: 2021

ISBN: 978-84-123655-1-1
Depósito legal: B 16004-2021

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en www.cedro.org

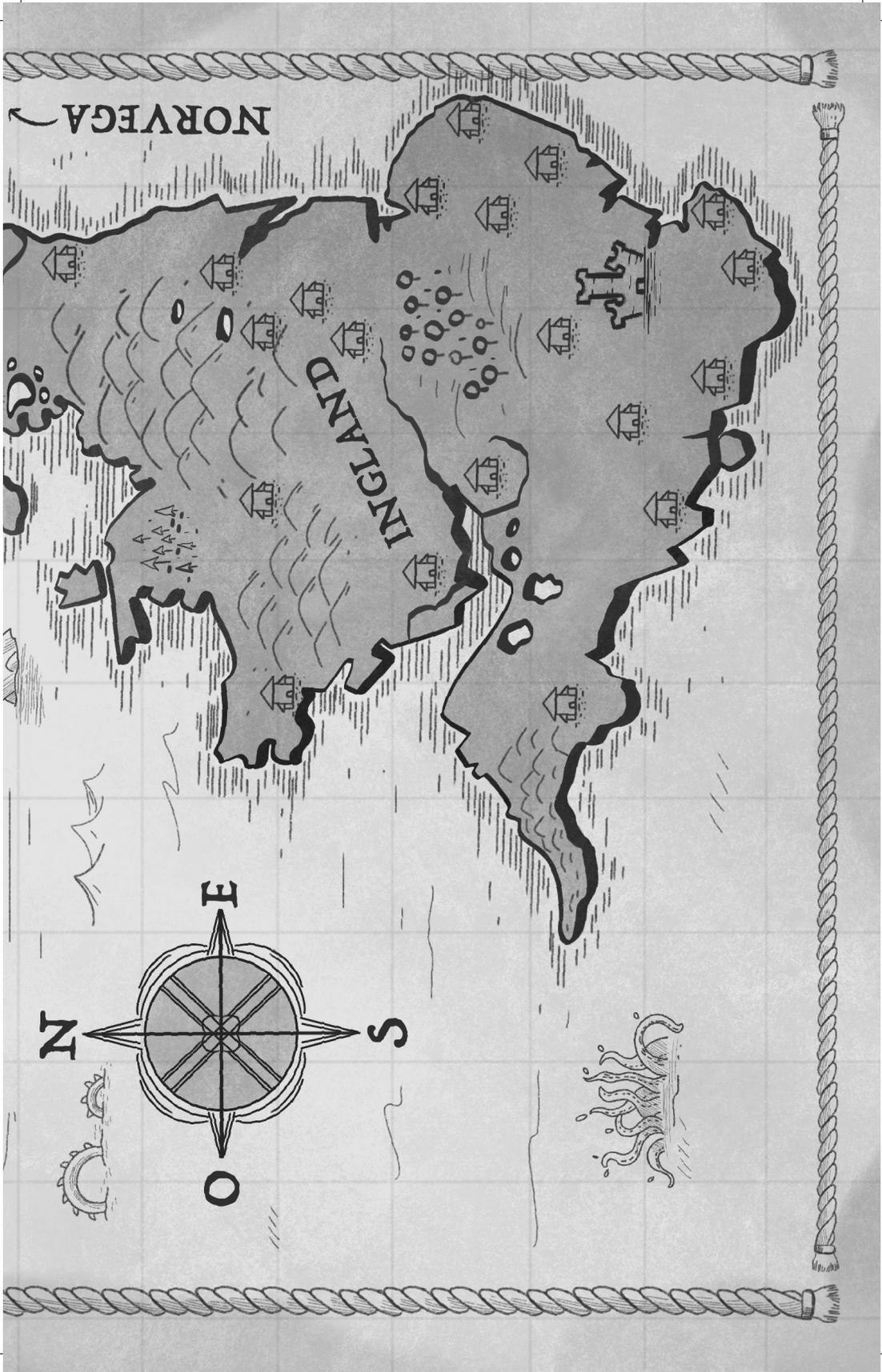
IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

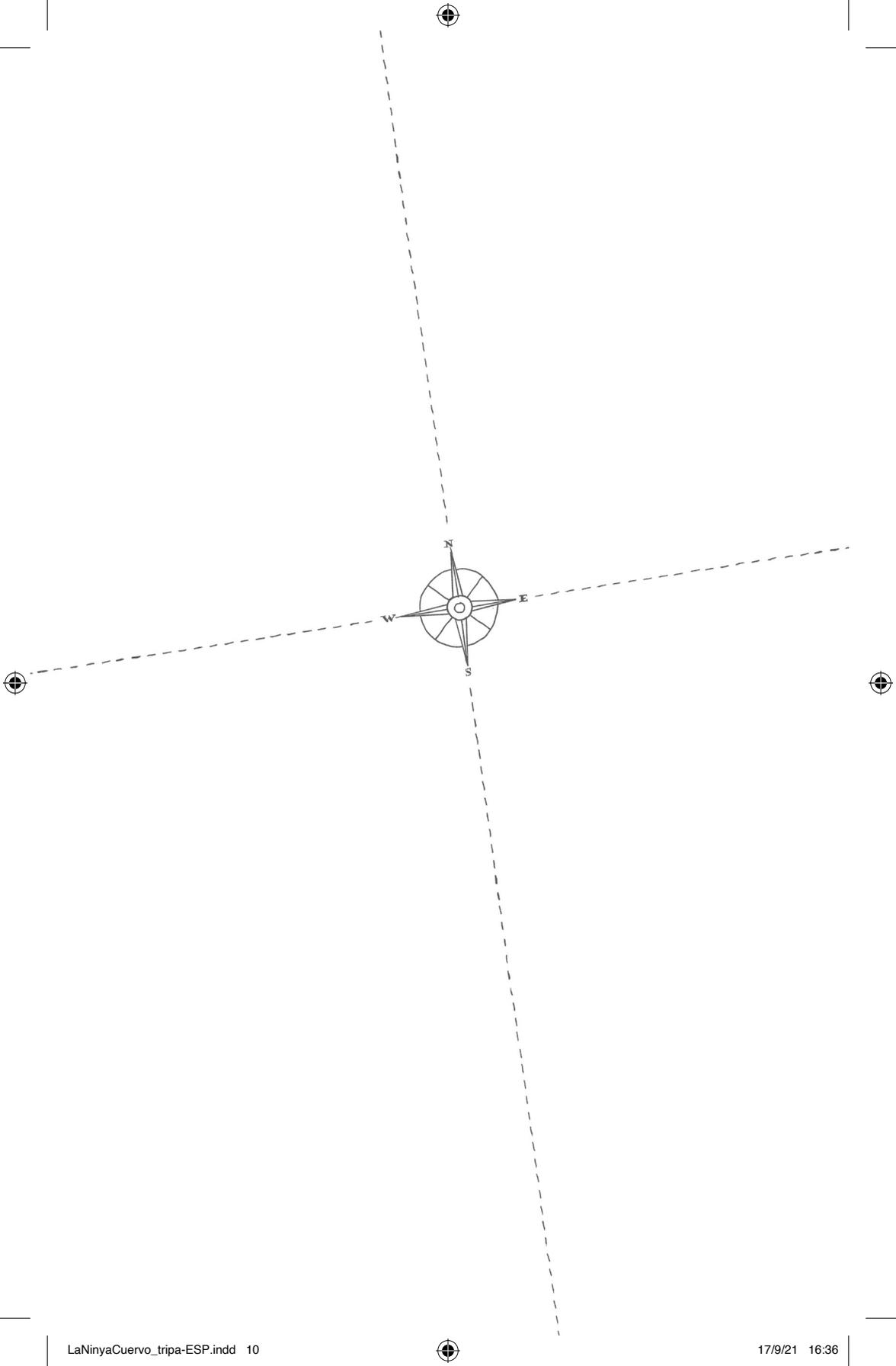
9005558010921



Para mis padres (Madge y Padge)







SIGRID



La cara me arde como si me la estuvieran quemando, pero no creáis que voy a chillar. Tampoco sería capaz de hacerlo, por más que quisiera. Me muero por un poco de agua, pero no puedo pedirla. Mi boca no responde. Sabía que iba a doler. Se supone que duele. Pero no pensaba que tanto. Algo me escurre mejilla abajo. No sé si es tinta, lágrimas o qué. A lo mejor, un poco de las tres.

—Sigo con tu cuello —dice el hombre—. Quédate muy quieta.

Como si fuera a moverme con esa aguja gigantesca que podría convertirme en brocheta. Me sujeto con tanta fuerza de los lados del taburete que las astillas se clavan en mi carne. Una de las patas del banquito es más corta que las otras, así que tengo que sentarme torcida para que no se mueva. En esta cabaña todo parece mugriento. Por eso, en cuanto entré supe que era mala idea, pero ya era demasiado tarde. *Mdir* ya le había pagado lo que pedía.

Se inclina sobre mí y le apesta el hocico a leche agria. De la aguja caen goterones azules. Cierro los ojos cuando las punzadas empiezan de nuevo.

Después de una eternidad, el hombre se aparta y deja la aguja a un lado.

—Listo —dice él.

Todo me arde. Por Øden, que nunca me había sentido así, como en llamas. Hasta respirar me duele.

—*Pokka* —digo yo, aunque parece un disparate agradecerse lo único que ha hecho es pincharme con una aguja durante horas y horas.

Móðir está esperándome fuera. Apenas salgo, el hombre cierra de un portazo, así, sin más... ni gracias ni adiós.

—A ver —dice ella—, veamos —sujeta mi cabeza para mantenerse en pie y se inclina para ver mejor. Tiene la cara casi encima de la mía. Se le pegan algunos pelos a la frente por el sudor, y los ojos se le ven desorbitados y lejos, lejos de aquí—. ¡Ja!

—¿Qué? —digo yo—. ¿Qué pasa?

—Nada, nada —dice *móðir*, pero sonrío con gesto burlón. Al menos podría hacerme creer que ha quedado bien. Al fin y al cabo, fue ella quien me convenció de que era una buena idea. Yo lo deseaba mucho... ¿quién no querría hacerse su primer tatuaje antes que todos los demás? Pero no ha sido como imaginaba. *Móðir* jamás tiene una buena idea. Ya sería hora de que yo hubiera aprendido la lección, ¿verdad?

—¿Te ha dolido?

—*Ja* —respondo. ¿Por qué no decirle claramente que sí, y mucho?

—Pronto se curará —dice ella, como si le importara.

No me entero mucho del camino de vuelta a nuestra cabaña, atontada por el dolor. El suelo está empapado por la llovizna que ha caído toda la tarde y, como se mete por los agujeros de mis zapatos, acabo con los dedos mojados. Ayer traté de arre-

glarlos, pero tal vez no me salió muy bien el apaño. Esta noche volveré a intentarlo, para ver si lo hago mejor.

Apenas entramos, *móðir* se desploma en su esterilla de dormir y pide agua. Hay un espejo junto a la cubeta del agua, así que mientras lleno el cuerno que sirve de vaso veo el tatuaje por primera vez. El espejo tiene grietas, y eso no ayuda. Ha estado así desde que lo recuerdo. A lo mejor fue *móðir* la que lo rompió antes de que yo naciera, o a lo mejor fue mi *fáðir* antes de... antes de que le pasara lo que le pasó. Una de las grietas atraviesa mi reflejo. Mi cara parece diferente. Por más que la miro, no logro ver a la persona que era antes. Se supone que el primer entintado hace que uno parezca valiente, audaz. Pero la atrocidad que me ha hecho esa sabandija infeliz sólo me hace ver horrorosa. No hay otra palabra para decirlo. Tengo la cara hinchada, colorada y con costras sanguinolentas. *Móðir* piensa que la rata ésa nos mintió cuando aseguró que había sido todo un *tatovmaðr*. Hasta yo hubiera podido decirle eso. Sólo se lo aseguró para poner sus coquinas garras en nuestro dinero.

Se supone que el dichoso garabato de tinta es un cuervo. *Móðir* dejó que yo lo eligiera, seguro porque no quería decirlo ella. No se parece a lo que yo esperaba. Lo tengo prendido al cuello, estirando la cabeza por encima de mi mandíbula, como si tratara de picotear algo en mi mejilla. El pajarraco parece muerto, como si lo hubieran despescuezado. O como si llorara, pero sin lágrimas. En fin... ya no se puede hacer nada. Sólo confiar en que sirva para engañar a quien sea que *móðir* planea mostrárselo. Ahora que lo tengo, podré conseguir trabajo en una de las granjas más grandes, cosechando o algo así. Tendré que partirme el lomo, pero eso no importa. Cualquier cosa es mejor que pasarse el día con *móðir*.

Voy adonde está ella y le entrego el cuerno lleno de agua. Lo recibe sin decir palabra y ni siquiera abre los ojos. Intento salir de casa, pero claro que me oye.

—¿Adónde vas?

—Con *farfar* Halvor —le contesto.

—¿Qué se te ha perdido allí?

—Quiero mostrarle mi tatuaje —no es cierto. Cuando lo vea, va a acongojarse. Tenía que haberle contado que lo haríamos. No se lo dije porque me habría dicho que no lo hiciera.

—Pasas demasiado tiempo con ese viejo —dice *móðir*—. No es normal —ella casi ni le dirige la palabra a *farfar*. Creo que es porque le recuerda a *fáðir*—. No tardes. Me duele la cabeza y tengo hambre —dice.

Ya estoy fuera cuando termina de hablar. La cabaña de *farfar* no está muy apartada de la nuestra. Lo suficientemente cerca para poder llegar corriendo cuando *móðir* se pone insoportable de tanto beber. Golpeo a la puerta y, en cuanto me abre, lo primero que dice es:

—¿Qué te ha hecho ella?

—Nada —digo.

—Podrá ser que no fuera su mano la que sostenía la aguja que te ha hecho eso, pero apuesto que la idea ha sido suya.

La congoja arruga su rostro de tal manera que siento que mi propia cara también se acongoja.

—No tenía que haberlo hecho —digo—. Es mi culpa. Sabía que era mala idea.

—Calla, niña. Ven, entra y te prepararé lechemiel.

Me rodea los hombros con el brazo para hacerme entrar. La cabaña de *farfar* no se parece a la nuestra. Es diminuta, pero tiene todo en su lugar y reluce como un espejo. Lo mejor es la alfombra de retazos, casi tan grande como la cabaña.

El propio *farfar* Halvor la tejió cuando era un chiquillo con trozos de harapos. La sacude todos los días para que nunca se llene de polvo. Me siento en ella y paso los dedos por entre los retazos anudados.

Me da un tazón con lechemiel y, mientras bebo, me da toquécitos en la cara con un trapo húmedo. Trato de contener todo lo que puedo la mueca de dolor mientras lo hace.

—¿Quién es el necio infeliz que te ha hecho esto? —pregunta.

—No lo sé, *farfar*.

—¿Cuánto le habéis pagado?

—No lo sé, *farfar*.

—Seguro que no ha sido barato, pues no tienes ni los doce años cumplidos. ¿En qué estaría pensando tu madre? ¿A qué jugaba? ¿Y qué especie de necio embustero y descerebrado es capaz de hacer esto a una muchachita? Quisiera averiguar quién es y... y...

No puedo evitar sonreír. La sola idea de *farfar* haciéndole daño a alguien da risa.

—¿Y de qué ríes? —pregunta—. Si yo tuviera veinte años menos... Deberías saber que en mis buenos tiempos yo era alguien a quien temer.

—Seguro que sí, *farfar* —digo. Termino lo que queda de la lechemiel. Me alegra la barriga—. Pensaba que te oponías a cualquier clase de pelea.

—Depende de quién pelea y por qué. Si te refieres a mandar a nuestros jóvenes a una carnicería en tierras lejanas por simple orgullo y poderío, me opongo totalmente.

Se refiere a su hijo, *fáðir*. Casi no lo recuerdo. Murió en el mar cuando yo era muy pequeña. Cayó en combate en una invasión sangrienta y feroz.

—¿Y si Mal-Rakki volviera? —le pregunto—. ¿Pelearías por él?

—Eso es diferente y tú lo sabes muy bien. Su lucha tiene un propósito. El día que regrese, seré el primero en ir a plantarme a su lado.

¿Qué pasará si Mal-Rakki nunca regresa?, pienso, pero no lo digo. Dibujo líneas con la punta del dedo en lo que queda en el fondo de mi tazón.

—Toma, tengo esto para ti —*farfar* Halvor me lanza algo.

Lo atrapo rápidamente y me quedo boquiabierta, ojia-bierta.

—¿De dónde la has sacado? —pregunto. La ciruela es amarilla y brillante, lisa y suave como la planta del pie de un bebé, perfectamente madura.

—Pues me la he sacado de la nariz. ¿Dónde crees que la tenía guardada?

—Pero pensaba que te tocaba entregarle todo al rey...

—Así es, pero sólo he apartado ésta, para ti.

Sonrío, y por un instante olvido el desastre que tengo en la cara y lo mucho que me duele. El árbol que hay detrás de la cabaña de *farfar* Halvor es un palo escuálido, pero no hay ciruela más *ríkka* en toda Norvega que la de ese árbol. Le hincó el diente a la que tengo en la mano y... ñam... qué delicia... nada hay más delicioso... el zumo me escurre por el brazo y lamo las gotitas para no desperdiciar nada. Muerdo otra vez y le ofrezco el resto a mi *farfar*.

—No, niña, es tuya. Quiero que la disfrutes —dice.

No hace falta que lo repita. Me meto el resto a la boca, con hueso y todo, y mastico, dejando que el dulzor me estalle contra la parte interior de las mejillas. Debería ir más despacio y no masticar tan rápido, pero el sabor es demasiado bueno

para contenerme. Una vez que le he arrancado toda la pulpa me quedo con el hueso en la boca para succionarle hasta la última gota.

—Me parece que la has disfrutado —dice.

Asiento con un gesto.

—Gracias, *farfar* —escupo el hueso y lo sepulto en un bolsillo de mis pantalones—. Cuando empiece a ganar dinero, voy a comprar fruta para ambos todos los días.

—¿Qué dices? ¿Ganar dinero? —su frente se arruga, y su tatuaje de conejo se convierte en una mancha oscura. *Farfar* tiene montones de dibujos en la piel, pero el conejo de la frente siempre ha sido mi preferido.

—*Móðir* dice que puedo ganarme un buen puñado de monedas trabajando en una de las granjas. Para eso me he hecho el tatuaje.

—No te gustará. Tendrías que levantarte antes de la salida del sol para llegar a tiempo. Ganar dinero no lo es todo en la vida, Sigrid, y menos cuando los hombres del rey vienen y se lo llevan todo siempre.

—¿Qué alternativa tengo?

—¿A qué te refieres con eso? Siempre hay alternativas. Lo difícil es saber cuáles son las buenas y correctas.

De eso no tengo idea. Hasta donde sé, no tengo alternativa fuera de hacer lo que dice *móðir*. Lo que me recuerda...

—Tengo que irme, *farfar* —digo—. *Móðir* no se encuentra demasiado bien, y se encontrará todavía peor si no vuelvo a cocinarle algo pronto.

Farfar chilla como un castor recién mordido. Siempre lo hace cuando hablo de *móðir*.

—Pues no vayas a dejar que te meta en otro de esos planes que saca de su retorcido cerebro —dice—. Y cuida que

ese tatuaje tuyo esté siempre limpio. Si se enrojece más, ven directamente a verme.

—Sí, *farfar*.

Antes de que me vaya, me coge por la barbilla con dos dedos y me gira la cabeza para mirar el dibujo.

—Mi pequeña Sigrid, cómo has crecido —dice—. El cuervo ha sido la elección perfecta. Puede ser que el infeliz que te lo ha hecho no fuera un *tatovmaðr* con todas las de la ley, pero me parece que no ha errado del todo. Me gusta.

Me acaricia la otra mejilla con los nudillos. Le agradezco que lo diga, aunque sea mentira.



AGATHA

Otra vez, otra vez —dicen todos los niños.

Le pregunto a Milkwort si quiere hacerlo de nuevo, y acepta. Le gusta. Lo hará más rápido que nunca.

—Muy bien —les digo a los niños—. ¿Preparados?

Ponen las manos en fila sobre la mesa. Le doy a Milkwort un par de golpes leves en la cabeza y lo pongo junto a la primera mano. Los niños sonrían.

—Ahí va... ¡Fuera! —digo, y se lo digo también a Milkwort dentro de mi cabeza.

En cuanto lo digo, sale corriendo ascendiendo por un brazo de la primera niña, da la vuelta alrededor del cuello y baja por el otro brazo. Luego sigue con el niño que está junto a ella, y después el otro y luego todos los demás niños de la fila. Les gusta porque les hace cosquillas y ríen. Es muy bueno reír. Algunos de los niños son de Clann-a-Tuath, que es mi clan, y otros son de Clann-na-Bruthaich, que es un clan diferente. Soy su preferida, y Milkwort también.

—Otra vez, otra vez —dicen cuando Milkwort ha pasado por todos.

—Ya no más. Agatha tiene una reunión —dice una persona detrás de mí, que es Maistreas Eilionoir. No sabía que ella estuviera ahí, observando con atención.

—Ah, sí —respondo—. Tengo que ir a una reunión.

Le digo a Milkwort que es hora de irnos, y corre por mi brazo para meterse a mi bolsillo. No hay problema con que Maistreas Eilionoir me haya visto hablando con él, aunque sea un ratón. Hablar con los animales no es *dùth*, pero Maistreas Eilionoir dice que tengo permitido hacerlo ahora. Me despido de los niños y todos gritan:

—Adiós Agatha —y además—: Adiós, Milkwort —casi a gritos.

Voy caminando con Maistreas Eilionoir hacia el *bothan* de reuniones. Aquí es distinto porque estamos en el enclave de Clann-na-Bruthaich, que no es el nuestro. Estamos en la isla de Skye, pero más al sur y en otro lugar. La gente de Raasay sigue viviendo en nuestro enclave y no quieren irse de allí porque son odiosos. Tratamos de que se fueran pidiéndoselo amablemente y hablando con ellos, pero no quisieron. Por eso es que vamos a tener esta reunión, para ver qué hacer.

El *bothan* de reuniones es grande. Hay personas de Clann-na-Bruthaich que ya han llegado y están conversando. Las sillas están organizadas en un cuadrado y las cuento: dieciocho.

—Siéntate —dice Maistreas Eilionoir. Me siento en la silla más cercana. Es dura e incómoda. Maistreas Eilionoir se aparta para hablar con la gente de Clann-na-Bruthaich por su cuenta y me quedo sola.

Me encuentro aquí porque soy importante. Soy la que se comportó como una heroína. Maistreas Eilionoir lo dijo y también lo dijeron muchas otras personas. Fui muy valiente y llegué hasta Norvega en el barco con Jaime e inventé el plan tan bueno en el salón de la montaña. Les hablé a los murciélagos en mi cabeza y les pedí que apagaran todas las fogatas para que las cosas de sombra pudieran entrar y funcionó, y

todos los espantosos *deamhain* fueron derrotados. Eso quiere decir que nuestro clan quedó libre, y yo lo logré.

Llega más gente que no conozco. Me aburro esperando a que entren. Milkwort quiere salir de mi bolsillo, así que se lo permito. Lo acaricio un poco y luego baja por mi pierna y se va a explorar. Le gusta curiosear los lugares que no conoce. Volverá pronto conmigo.

La siguiente persona en entrar es Jaime. Se detiene junto a la puerta y mira a todo el mundo. Cuando me ve, me saluda agitando la mano. Lo saludo yo también y le sonrío. Jaime es mi buen amigo. Pasa entre toda la otra gente y viene conmigo.

—Hola, Agatha —dice.

—Hola, Jaime —contesto—. P-puedes sentarte junto a m-mí, si quieres.

—Gracias —se sienta en la silla que está al lado de la mía. Jaime puede estar en la reunión porque él también es un héroe.

Todos los demás se sientan, lo cual indica que la reunión va a empezar. Un hombre llamado Kenrick es el único que no se sienta. Es el jefe de Clann-na-Bruthaich. Pensaba que deberían llamarlo Maighstir Kenrick, pero aquí no usan esa palabra. Tiene un montón de arrugas en la cara y pelo oscuro que sólo crece en su barba y a los lados de su cabeza, pero no en la parte superior.

—*Fàiltean* —dice, que significa «bienvenidos» en la lengua ancestral—, en especial a nuestros respetuosos huéspedes de Clann-a-Tuath. Esta reunión se convocó a petición de Eilionoir, a nombre de su clan, así que le voy a ceder la palabra a ella.

Maistreas Eilionoir asiente y se pone en pie al mismo tiempo que Kenrick se sienta.

—*Mòran taing*, Kenrick —dice ella. No sé qué quieren decir esas palabras—, y gracias a todos por su hospitalidad durante esta última luna. Han sido épocas difíciles para todos nosotros, pero en especial para mi clan, como ustedes se habrán dado cuenta. Estamos profundamente agradecidos por poder quedarnos aquí, pero lo que más quisiéramos es volver a nuestro hogar —su voz se oye áspera. Hace una pausa y tose dos veces—. A pesar de nuestros esfuerzos, las negociaciones con la gente de Raasay no nos han llevado a ninguna parte: están decididos a permanecer en nuestro enclave. Así que debemos decidir qué nuevo camino tomar. Esto no tiene nada que ver con orgullo, sino con lo que es correcto y con nuestros derechos legítimos. Es nuestro hogar, y nos lo arrebataron.

»Llevamos ya casi un mes aquí y empezamos a sentir que se termina la temporada en la que somos bienvenidos. Algunos de ustedes no son partidarios de que permanezcamos aquí indefinidamente, y nos lo han hecho saber con claridad. Puedo entender su preocupación. Éste es su hogar y lo quieren proteger, igual que nosotros con el nuestro. Pero si no recuperamos nuestro enclave, no tenemos adónde ir.

»Les ruego que nos presten su apoyo para empuñar las armas y marchar hacia el norte, a nuestro lado. Siempre hemos estado de acuerdo en que trataríamos de resolver este conflicto sin derramamiento de sangre, y ésa sigue siendo nuestra intención. Los de Raasay no son tan diestros en batalla como nosotros, así que no querrán entrar en combate si pueden evitarlo. Una firme demostración de fuerza y poderío debería ser suficiente para convencerlos de dejar el enclave. Con vuestra ayuda, tengo la certeza de que saldremos victoriosos de esta confrontación.

Se sienta de nuevo, moviendo la cabeza para asentir.

—Tu voz despierta respeto en nosotros —dice Kenrick—. No puedo sino disculparme si han percibido que nuestro sentido de la hospitalidad ha menguado. Ésa nunca ha sido nuestra intención, por ningún motivo. Saben que cuentan con nuestro apoyo total, pero luego de todo lo que ha tenido que vivir mi gente, me resulta difícil pedirles que arriesguen otra vez sus vidas, cuando tuvieron que hacerlo hace poco.

—¿Puedo señalar, con todo respeto, que, de no ser por Agatha y Jaime, no habría nadie de Clann-na-Bruthaich que pudiera correr este riesgo? —dice Maistreas Eilionoir desde su asiento—. Estarían todos pudriéndose en un calabozo en Norvega.

—Hubiéramos encontrado una forma de escapar —dice Catriona. Es otra de las personas importantes de Clann-na-Bruthaich. Es joven, pero su cabello no es bonito y siempre está enfadada—. No pueden venir a exigirnos apoyo como recompensa de esa ayuda que nunca les pedimos.

Maistreas Eilionoir resopla.

—No estoy de acuerdo —dice otra mujer—. Clann-a-Tuath quiere lo que le corresponde por derecho propio, y no merecen nada menos que eso. Mientras estuvimos prisioneros en la montaña, yo sólo soñaba con volver a nuestro hogar. Estoy segura de que todos soñábamos con eso. ¿Es justo que nosotros logremos nuestro sueño y les neguemos a ellos el suyo? Yo, al menos, estoy dispuesta a arriesgar mi vida para ayudarles.

—Tu apoyo es recibido con sentida gratitud —dice Maistreas Eilionoir.

—Si está tan convencida de que esto de amenazar a la gente de Raasay dará resultado, ¿por qué no lo intentaron hace semanas? —pregunta un hombre de Clann-na-Bruthaich.

—Necesitábamos un tiempo para recuperar fuerzas —dice Lenox. Es el Halcón de mi clan que me enseñó a ser buena niña Halcón. Los *deamhain* mataron a todos los demás ancianos del clan, así que Maistreas Eilionoir tuvo que escoger a otros para que se encargaran de tomar las decisiones por la gente de Clann-a-Tuath, por ahora. Lenox es uno de ellos, y yo y Jaime también—. Es el momento de actuar. Cuanto más tardemos, más tiempo les daremos para reforzar las defensas. Ya les hemos concedido demasiado para prepararse.

—¿Y qué sucederá si el plan no funciona? ¿Qué pasará si no se asustan y se retiran, como predices? —pregunta Kenrick—. No nos quedará más opción que pelear. ¿Y queremos arriesgarnos a sufrir más muertes? Ya sé que no consideran a este lugar como su hogar, pero podría llegar a serlo, ¿o no? Tras todas las vidas perdidas en la montaña, hay suficiente espacio para instalarse todos aquí. No hay razón por la cual no puedan quedarse.

—Me temo que eso es incorrecto —le dice Catriona a Kenrick—, y no estás hablando en nombre de todos —los demás la miran—. La realidad de las cosas es bastante sencilla: nuestras provisiones de alimentos están en un punto desastrosamente malo. Ya lo han visto, las raciones de las comidas han tenido que reducirse de una semana a la otra, y continuarán así. Las cosechas se malograron durante nuestra ausencia y, dado que los *deamhain* quemaron la mayoría de nuestros barcos, la pesca también representa un problema. La situación es clara: no sobreviviremos el invierno próximo si tenemos tantas bocas que alimentar.

—Entonces, ¿quieres que nos vayamos, pero no estás dispuesta a ayudarnos para que podamos hacerlo? —pregunta Maistreas Eilionoir.

Catriona se muerde el interior de las mejillas y no responde. Habla luego un hombre, después una mujer y luego Lenox de nuevo. Cuando lo hace, miro sus cejas que suben y bajan y vuelven a subir. La reunión se hace más aburrida. Preferiría estar en la muralla. Soy un Halcón de nuevo, y eso es lo mejor que podía pasar. Maistreas Eilionoir dijo que tengo permitido ser Halcón porque fui heroica. Yo prometí vigilar mejor que nadie. Es una muralla diferente porque estamos en Clann-na-Bruthaich, pero sigo siendo Halcón.

Después de mucho hablar, Kenrick dice que nos ha escuchado a todos. Eso no es verdad. No me han escuchado a mí.

—¿Y yo qué? —digo. Todos me miran, y ahora desearía no haber abierto la boca.

—Estás en libertad total de decir lo que quieras, Agatha —me invita Kenrick—. ¿Qué opinas de todo esto?

—Yo op-pino que deberíamos p-pelear. No tengo miedo. Soy heroica. Es n-nuestro hogar y ellos no tienen p-por qué estar allí.

—¡Qué esclarecedoras palabras! —dice Catriona. Ella no cree que yo sea importante.

—Gracias, Agatha —dice Kenrick—. Si nadie quiere añadir nada más, entonces daré por concluida esta reunión. Vamos a meditar acerca de todo lo que aquí se ha dicho, y mañana al anochecer votaremos. La decisión de la mayoría será la definitiva.

La gente empieza a salir del *bothan*. Todos hablan entre sí de las cosas que se han dicho.

—Voy a la cocina —le digo a Jaime—. ¿Quieres venir conm-migo?

—No, gracias, Agatha —dice Jaime—. Estoy algo cansado. Esta reunión me ha dejado agotado.

—Muy bien. Te veré más tarde, Jaime.

Salgo del *bothan* y voy a la cocina, que funciona en otro *bothan*. Tengo hambre. Ha pasado un buen rato desde la cena y además ha sido muy escasa por eso de que tenemos que racionar. Le regalaré mi mejor sonrisa al Cocinero y se lo pediré muy educadamente, y entonces me dará algo. Siempre me dicen que sí por mis heroísmos. También conseguiré algo de comer para Milkwort. Le cuento a Milkwort adónde vamos, pero no me responde y siento pánico de ser incapaz de hablarle de nuevo como cuando no podía hacerlo. Y entonces me acuerdo de que sigue todavía en el *bothan* de reuniones. Espero que no se haya enfadado conmigo. Corro de regreso tan rápido como puedo, que no es demasiado, pero hago lo posible. No queda nadie fuera. Todos se han ido.

Abro la puerta. Dentro, los farolillos siguen encendidos, pero no hay nadie. Antes de que pueda llamar a Milkwort, sube apresurado por mi pierna. Me ha visto venir. Me hace cosquillas. Es un buen ratón. Me disculpo por dejarlo olvidado y le cuento mi plan de conseguir algo de comer para los dos, y se alegra al enterarse.

Un momento. Alguien habla en voz baja. Acabo de oírlo. Los susurros vienen del cuarto anexo. Voy hasta la puerta. Está apenas entreabierta. Miro hacia el interior y hay dos personas, Kenrick y Catriona. No pueden verme. Es de mala educación escuchar las conversaciones de otras personas a hurtadillas. No soy maleducada, pero me quedo escuchando.

—Esto funciona como democracia, Catriona, y no como dictadura. Respeto tus opiniones y, en buena medida, estoy de acuerdo contigo, pero no voy a negarle a nadie su derecho a hablar.

—Te has quedado en el pasado —le dice ella—. Los tiempos han cambiado. Ya hemos visto adónde nos lleva un líder débil.

—No sé qué estás insinuando —dice Kenrick—, pero no me gusta nada el tono en que me hablas.

—No estoy insinuando nada, sino dejando claro que a veces es necesario tomar decisiones difíciles. Tras todo lo que nos ha sucedido, deberíamos estar anteponiendo las necesidades de nuestro clan a todo lo demás.

—Es exactamente lo que estoy haciendo —contesta Kenrick.

—¿Qué dices? ¿Al entregarle a Clann-a-Tuath la mitad de nuestras posesiones? ¿La mitad de nuestra comida?

—Los de Clann-a-Tuath están ganándose su manutención. ¿Qué querías que hiciera? ¿Darles la espalda y que se defiendan como puedan ahí fuera?

—Exactamente. Me importa sólo nuestro clan, los pocos que quedamos, y me niego a que nos manipulen estos bravucones del otro clan.

—Mañana tendrás oportunidad de votar, al igual que todos los demás. Hasta entonces, te sugiero que tengas cuidado con lo que dices. Los de Clann-a-Tuath son nuestros huéspedes y lo seguirán siendo mientras yo sea el jefe de este clan —Kenrick da media vuelta para salir.

Tengo que esconderme, o me verá. Ah, no pasa nada. Hay otra puerta y sale por allí.

—Una cosa más —le dice a Catriona antes de irse—: si vuelves a cuestionarme en público, habrá consecuencias —y sale.

Catriona se queda mirando la puerta por donde ha salido. No parece nada satisfecha. Debería irme también, pero no puedo dejar de ver esto que sucede. Tamborilea con los dedos en el respaldo de una silla. Mira alrededor, aunque no hay nadie más por ahí. Me aparto de la ranura de la puerta abierta cuando mira hacia ahí, de manera que no me pueda ver.

Cuando vuelvo a asomarme por la rendija, tiene la mano bajo el cuello de la camisa, buscando algo. Lo encuentra y lo saca. Lo sostiene entre sus manos y no puedo creerlo.

Es la gargantilla de Nathara. La que tiene las cosas de sombra dentro. Está en Skye y esa *lady* Catriona la tiene en su mano.